

Reviews

How Borges Wrote by Daniel Balderston. Charlottesville, VA: University of Virginia Press, 2018. 375 páginas.

De Daniel Balderston, investigador de vasta trayectoria en el campo de los estudios literarios, puede decirse sin asomo de dudas que es el mayor animador de los estudios borgeanos desde hace mucho, como director del Borges Center, director de *Variaciones Borges* y autor de algunos de los libros más originales sobre la obra del maestro argentino. Testimonio de la longevidad de su interés en Borges son sus libros *El precursor velado: R.L. Stevenson en la obra de Borges* (1985) y el diccionario de referencias borgeanas *The Literary Universe of Jorge Luis Borges* (1986), a los que siguieron el clásico *Out of Context: Historical Reference and the Representation of Reality in Borges* (1993), *Borges: realidades y simulacros* (2000) e *Innumerables relaciones: cómo leer con Borges* (2010).

Esa genealogía suya de intereses borgeanos —ha zigzagueado entre las lecturas formales, las que observan el contexto sociocultural en el que Borges produjo su obra, las que establecen la arqueología de los textos, las que buscan sus fuentes ideológicas, e incluso las que, con un pie en el otro interés de Balderston, rastrean los susstratos de la sexualidad, la homosocialidad y la homosexualidad en la obra de Borges— se ve coronada con la publicación de *How Borges Wrote* (2018). Este libro parece la consecuencia lógica de los anteriores y añade una dimensión ausente en aquellos: la crítica textual, la que hurga en los manuscritos en busca de variantes, enmiendas, versiones, sustituciones, no con la intención de establecer los “textos definitivos”, como es práctica común de la crítica textual —esto lo han hecho ya, por ejemplo, Elena del Río Parra y Julio Ortega, en una cuidadosa edición crítica y anotada de “El Aleph”, en 2008—. Con un interés dinámico, Balderston no busca fijar sino leer los textos en movimiento y dejarlos en movimiento, como habría querido Borges, quien descreía de la idea de que una obra literaria tuviera una versión última, en vez de un desarrollo constante y muchos posibles avatares a lo largo del tiempo.

A Balderston le importa descubrir, en los manuscritos y mecanoscritos de Borges, el proceso de composición, la metamorfosis de cada texto desde sus primeros intentos hasta las versiones avanzadas. Así halla en dichas versiones varias cosas: cómo es que el método de Borges se adecúa a su poética y la refleja, cómo es que esa poética influye en su modo de escritura (en el sentido material), y cómo, al revisar los documentos originales, es posible descubrir los momentos en que Borges parece escapar del plan prefijado para ingresar en campos que no debieron ser parte de la idea original (o lo contrario: cómo es que meticulosamente corrige hasta obtener la perfecta ambigüedad o esconder la más oscura alusión). Es un esfuerzo titánico —de allí que Balderston haya invertido una década en esta labor: el capítulo sobre “El Aleph” apareció ya en una versión preliminar, en 2012—, entre otras cosas porque los manu-

scritos borgeanos, que unas veces parecen escritos con sobria intencionalidad y redactados de un tirón de principio a fin, en otras ocasiones son laberintos tan herméticos como los que poblaban la imaginación del autor: papeles colmados de signos idiosincrásicos, señales que solo él podía comprender, diagramas, dibujos, interpolaciones de unos textos en otros, citas inconclusas, breves memorándums cuyos referentes quedan en el aire, líneas en lenguas diversas, ideas sueltas que parecen no integrarse a ningún texto mayor, páginas donde la minúscula caligrafía borgeana no sigue las líneas y las cuadrículas de sus papeles y cuadernos, sino que se trazan sobre la hoja en curvas, en espirales, a veces incluso con párrafos escritos de lado o de cabeza.

El libro está organizado en ocho secciones, todas con hallazgos encomiables. Una de ellas estudia la materialidad de la escritura; por ejemplo, descubre la proteica maravilla de la caligrafía de Borges, que en ocasiones, por manía o por juego, usa grafías que aluden al contenido de los textos, escribiendo en letras góticas cuando el gótico está en juego, o imita la tipografía de carteles de películas cuando parece aludir a ellas, o cambia el trazo de su firma para reflejar el ánimo del texto que suscribe. Hay una sección dedicada a la interacción de Borges con sus cuadernos, la forma en que se apropia de ellos y los integra en la arquitectura de la narración, permitiendo que incluso las palabras impresas en las cubiertas parezcan epígrafes de su texto y cubriendo los cuadernos enteros, de la tapa a la contratapa (una costumbre que sin duda pesó, por ejemplo, en “La biblioteca de Babel”, cuando imaginó esos libros en cuyas cubiertas los bibliotecarios anotan letras y palabras). Uno no puede sino imaginar que Borges habría preferido publicar los manuscritos en vez de darlos a la imprenta, dado que ellos son en sí mismos obras de un arte diferente, que por momentos linda con la poesía concreta y por momentos con el cómic de vanguardia: imágenes que solo después de ser vistas pueden ser, además, leídas.

Varias secciones estudian el tránsito de los borradores a las primeras versiones completas o casi completas de ciertos cuentos y ensayos; la manera en que Borges depura o complica un texto cada vez que trabaja en una nueva copia; la forma en que los manuscritos suelen diferir de los mecanoscritos, y los mecanoscritos de las versiones impresas en revistas, y estas de las versiones publicadas en libro. Nunca ha sido tan claro como en *How Borges Wrote* que el escritor era plenamente fiel a su idea, tantas veces declarada, de que una ficción, en un cierto momento, no es sino el fragmento “revelado” a él, hasta ese instante, de una historia mayor y metamórfica que muchas otras formas pudo haber tenido y muchas otras deberá tener, unas veces sobre el papel y otras veces solo en esa suerte de gran libro colectivo y universal que era, para él, el cielo platónico donde todas las ideas estaban ya y solo había que esperar recordarlas y que, a través de la memoria, descendieran a la tierra.

La segunda sección (“Jottings”) y las páginas dedicadas a “El Aleph” (152-68) son tal vez los momentos más deslumbrantes del libro. Todo aquel que ha visto manuscritos de Borges (y este volu-

men recoge unas setenta páginas facsimilares de ellos) sabe que en ocasiones pueden ser maniáticos y exudar una obsesión por la arquitectura textual, pero en el libro de Balderston se entiende, con transparencia, algo más: que Borges, al escribir una ficción, escribía muchas. Lo vemos (y Balderston lo hace notar) en esas páginas plagadas de párrafos que parecen compuestos sobre ejes diferentes: un eje horizontal que lo lleva del principio al final de la frase, y varios ejes verticales que atraviesan la frase con variantes posibles para nombres, adjetivos, adverbios, verbos, con lo cual una oración se convierte en muchas distintas (un ejemplo notable es el manuscrito de la célebre "enumeración caótica de "El Aleph"). Los formados en la vieja filología germánica y en la lingüística de Jakobson reconocerán esto como la todavía vigente definición saussuriana de "sintagma" y "paradigma": el eje horizontal, que combina unas palabras con otras, *in praesentia*, para formar frases, y el eje horizontal que substituye unas por otras, *in absentia*, con todo un campo semántico como menú del cual tomar las variantes. Pero en Borges, como Balderston permite intuir, no se trata solo de eso. Es, más bien, un mecanismo reminisciente de aquel de la novela in-

finita de "El jardín de senderos que se bifurcan": cada frase puede formarse de dos o tres o cuatro maneras distintas, cada una de las cuales llevará a una frase subsiguiente, condicionada por la anterior, y por tanto, en los manuscritos, a diferencia de lo que ocurre con los textos en los libros ya impresos, el lector puede colegir las muchas direcciones que una misma narración podría haber seguido, hasta el vértigo de lo inacabable.

Pocas veces un estudioso de la literatura se impone una tarea tan ardua y la corona con tanta enjundia y tan esmerada prolijidad: mostrarnos, en toda el espesor de la idea, cómo escribía Borges. Pero quizás la mejor manera de hacerle justicia a *How Borges Wrote* sea decir que este volumen le da una dimensión muy contemporánea a la varias veces centenaria labor de la crítica textual, que aquí no es un ejercicio normativo, sino uno de interpretación e incluso de recreación: crítica que, lejos de encapsular el texto o forzarlo a decir algo, lo libera y le permite hablar.

Gustavo Faverón Patriau
Bowdoin College